

## CAPITULO XXXII.

Prosigue D. Francisco Vazquez Coronado á Tzibola; refiérense los varios acaecimientos; llega á la provincia de Tigües, en donde invernaron, y dase razon de la variedad de gentes de aquella comarca.

1. Ya queda tratado el viaje y jornada que el gobernador Francisco Vazquez Coronado hizo á Tzibola, y aunque repartida su gente, no encontraron cosa, prosiguió el capitán Melchor Diaz, inclinándose en busca del mar del Sur, y habiendo caminado algunos dias por tierra fragosa, hallaron indios desnudos y muy pusilánimes, que se entiende son de la isla ó ancon que llaman la California; y habiendo bajado algunas sierras hácia donde se pone el sol, con alguna inclinacion al Norte, dieron con gente de grande estatura, que llamaron gigantes, los que se avinieron bien con los nuestros, y caminaron hasta dar con el mar; y por sus orillas fueron algunos dias, por tieras de aquellos indios, que se mantienen de maiz que cosechan y pescado del mar, y fueron á dar á un rio grande muy profundo, y capaz de que entren por él navíos. Los indios, para resistir el frio, llevan en las manos un troncon ardiendo que les calienta el pecho, y del mismo modo la espalda; siendo esto tan comun en todos los indios, que por eso los nuestros pusieron á este rio el nombre del rio del Tison: cerca de él vieron un árbol en el cual estaban escritas unas letras, que decian: al pié está una carta: y con efecto; la hallaron en una olla, bien envuelta, porque no se humedeciese, y su contenido era: que el año de 40

llegó allí Francisco de Alarcon con tres navíos, y entrando por la barra de aquel rio, enviado por el virey D. Antonio de Mendoza, en busca de Francisco Vazquez Coronado; y que habiendo estado allí muchos dias sin noticia alguna, le fué preciso salir, porque los navíos se comian de broma.

2. Con esta noticia, viendo Melchor Diaz la incomodidad de la tierra, determinó pasar el rio, lo que hizo con gran peligro en unos cestos grandes que los indios tienen aderezados con un betum que no les pasa el agua, y asidos de él cuatro ó seis indios, lo llevan nadando, como lo hacen con las balsas, á lo que ayudaron tambien las indias; y habiendo caminado cuatro jornadas, no se halló gente alguna, y la tierra era mala; y así, determinó volverse á la villa que se habia poblado, de San Gerónimo ó de los Corazones, y quiso el capitán remitir á un indio, porque el virey viese su corpulencia y hallando á un mancebo, trataron de apresarle; mas hizo tal resistencia, que entre cuatro españoles no pudieron amarrarlo, y daba tales gritos, que los obligaron á dejarlo, por no indisponer los ánimos de aquellos indios. En el tornaviaje, una noche dió un perrillo en correr ladrando á los carneros que llevaban de provision, y estando el capitán Melchor Diaz velando su cuarto á caballo; al ver espar-

eidos los carneros, amagaba al perillo, y no bastando, le corrió y le arrojó en la carrera la lanza, la que se clavó en el suelo, y como el caballo pasó de largo, se le entró el regaton de la lanza por la ingle, de cuyo golpe cayó en tierra y acudieron los soldados, mas no pudieron por prisa que se dieron, conseguir llegar con él vivo á la villa, y así; le enterraron en un cerrillo, sobre cuyo sepulcro pusieron una cruz, y prosiguieron su camino con sentimiento de pérdida tan considerable, porque á la verdad, era muy amable á sus soldados: fué capitán de Nuño de Guzman, y fué alcalde mayor en la villa de Culiacan, en donde tuvo buenas encomiendas, que despues se dieron á D. Pedro de Tovar: murió el dia 18 de Enero del año de 541.

3. D. Francisco Vazquez Coronado, pasado el invierno, trató de salir de Tzibola en demanda de la provincia de Tigües, que distaba sesenta leguas, en cuyo medio se halló un pueblo fortalecido ó cercado de peñas, al que se le puso por nombre Atlachaco, y se llama Tigües la provincia, por un rio muy caudaloso, que los indios conocen con este nombre; hallaron en él doce pueblos que el mayor tendria doscientos indios: estos pueblos estaban murados, como los siete de Tzibola, si bien se diferenciaban en que los pueblos de Tzibola son fabricados de pizarras unidas con argamasa de tierra; y los de Tigües son de una tierra güijosa, aunque muy fuerte; sus fábricas tienen las puertas para adentro del pueblo, y la entrada de estos muros son puertas pequeñas y se sube por unas escalerillas angostas, y se entra de ellas á una sala de terraplen, y por otra escalera se baja al plan de la poblacion: tienen las indias sus cocinas con mucho aseó, y en el molar el maiz se diferencian de las demas poblaciones, porque en una piedra mas áspe-

ra martajan el maiz, y pasa á la segunda y tercera, de donde le sacan en polvo como harina; no usan tortillas que son el pan de las indias y lo fabrican con primor, porque en unas ollas ponen á darle al maiz un cocimiento con una poca de cal, de donde lo sacan ya con el nombre de mixtamaly estregado para quitarle la cal, larga el maiz el primer hollejo ó cutis, y luego en un metate (que así llaman la piedra en que le muelen, y es de tres cuartas de largo y una tercia de ancho, y su mano correspondiente) deshacen á fuerza de brazos las indias el maiz, hasta que lo vuelven una tierna masa, y dando con ella una mano con otra la tortean con tal destreza, que sacan una tortilla tan grande, que ocupa todo el comale en que la cuecen, que por lo comun tienen vara y media de circunferencia, y en tres vueltas que le dan sobre el comale, en tan corto tiempo quanto basta tortear otra, ya está cocida; y es el comun alimento de toda la Nueva-España y Galicia: no lo hacen así las indias de Tigües; sino que deshecha la harina en agua, se hace como atole, y en unas piedras lisas que usan por comales sobre la lumbre, echan de aquel caldo, y lo tienden por toda ella hasta que coge cocimiento, y es tambien pan muy sabroso. El atole, de un mismo modo se usa en todas las mas naciones, porque licuado el maiz molido, lo cuelan, de suerte que queda con solo el cuerpo de la leche y en ollas lo ponen á cocer, hasta que coge mas cuerpo, y este es comun alimento, y tan sano, que á todos los enfermos se ministra, de donde se tiene por comun adagio, cuando se quiere asegurar alguna cosa por infalible, decirse: que primero faltará el atole de San Juan de Dios, que deje de suceder lo que se asegura.

4. Baste de digresion, que aunque no lo es de la historia, no debemos cortar el hilo

á la jornada de Coronado, quien reconociendo las casas de aquellos pueblos, halló que en unas salas separadas tenian sus camas y su ropa, y en otras, sus trojes de maiz, que se conserva dos ó mas años, y es un continuo sustento, como tambien hay frijoles y calabazas muy grandes, las cuales hacen á manera de orejones; tienen muchas gallinas de la tierra, y no se vió fruta alguna, sino un género de tunillas coloradas: todas las casas son de terrado, y en lo alto tienen unas como torrezuelas para su defensa: el rio es de mucha agua y produce buen pescado bagre; corre por tierra llana, y pueden hacerse buenas sacas para regar treinta y cuatro leguas, en que se cogiera mucho trigo si se sembrase, por ser la tierra buena, aunque algo arenisca. Los indios son de buenas estaturas, las indias bien dispuestas: traen unas mantas blancas, que las cubren desde los hombros hasta los piés y por estar cerradas, tienen por donde sacar los brazos; asimismo, usan traer sobre las dichas otras mantas que se ponen sobre el hombro izquierdo, y el un cabo tercián por debajo del brazo derecho como capa: estiman en mucho los cabellos; y así, los traen muy peinados, y en una jícara de agua, se miran como en un espejo; pártense el cabello en dos trenzas, liadas con cintas de algodón de colores, y en cada lado de la cabeza forman dos ruedas ó círculos, que dentro de ellos rematan, y dejan la punta del cabello levantado como plumajes y en unas tablitas de hasta tres dedos, fijan con pegamentos unas piedras verdes que llaman chalchihuites, de que se dice hay minas, como tambien se dice las hubo cerca de Sombrerete, en un real de minas que se nombra Chalchihuites, por esta razon; y y persona de verdad me ha asegurado haber visto en el reino de Leon muchas de estas piedras, y haber entendido que si se la-

brasen, fueran parecidas á las esmeraldas: con dichas piedras forman sortijas que con unos palillos fijan sobre el cabello como ramillete: son las indias limpias, y se precian de no parecer mal.

5. En los casamientos hay costumbre, que cuando un mozo da en servir á una doncella, la espera en la parte donde va á acarrear agua, y coge el cántaro, con cuya demostracion manifiesta á los deudos de ella, la voluntad de casarse: no tienen estos indios mas que una mujer, y en una ocasion vieron los españoles, que habiendo muerto un indio, armaron una grande balsa ó luminaria de leña, sobre que pusieron el cuerpo cubierto con una manta, y luego todos los del pueblo, hombres y mujeres, fueron poniendo sobre la cama de leña, pinole, calabazas, frijoles, atole, maiz tostado, y de lo demas que usaban comer, y dieron fuego por todas partes, de suerte que en breve todo se convirtió en cenizas con el cuerpo; no se vió templo alguno, ni se les conoció ídolo, por lo que se tuvo entendido adoraban al sol y á la luna, lo que se confirmó, porque una noche que hubo un eclipse, alzaron todos mucha gritaría. Llamábase el pueblo donde se aposentaron, Coofer; los indios lo desembarazaron para el alojamiento; dióseles á entender á estos indios el fin de aquella jornada, á que no contestaron (debió ser por la ninguna inteligencia que tuvieron por falta de intérpretes.) Mandó el gobernador saliesen tres compañías de á treinta soldados de á caballo, á reconocer la tierra, y volvieron los dos capitanes mal contentos, diciendo no haber visto mas que otros pueblos, como los de aquel rio; pero todo les pareció poca cosa, por no haber rastro de oro, ni otro aprovechamiento, sino buenas tierras: el tercer capitán era Hernando de Alvarado, deudo del Adelantado, quien dijo haber visto muchas vacas, de las

que mató algunas, y que en el camino vió un pueblo de mas de cinco mil vecinos, y por su buen asiento, le nombró Valladolid; y que asimismo halló un indio en aquellos llanos, quien le dijo, mas por señas que por voces, ser de una provincia que distaba treinta soles, la cual se llamaba Copala, y al indio se le puso por nombre el Turco, por ser muy moreno, apersonado y de buena disposicion; y les dijo tantas cosas de aquella provincia, que los puso en admiracion, y en especial que habia tanta cantidad de oro, que no solo podian cargar los caballos, sino carros; que habia una laguna en la que navegaban canoas, y que las del cacique tenían argollas de oro; y para que se explicase, le mostraban plata, y decia que no, sino como un anillo que vió de oro: decia que á su cacique lo sacaban en andas á las guerras, y que cuando queria, les quitaban los bozales á unos lebreles que despedaban á los enemigos; que tenían una casa muy grande, adonde todos acudian á servirle; que en las puertas tenían mantas de algodón. Y de esta suerte tuvo este indio admirados al capitán y soldados; y le hubieran dado total crédito, si no le hubieran visto una accion, y fué que algun dia le vieron que en una vasija de agua, se miraba y hablaba como con otro, de que infirieron algun arte, y se tuvo por sospechoso lo que decia, aunque otros tuvieron por cierta la relacion, con la que volvieron ante el gobernador, quien se determinó á salir en busca de tan rica provincia.

6. Pero se ofrecieron en Tigües algunas guerras, porque andando paciendo junto al rio la caballada y mulas de carga, los indios de un pueblo pequeño dieron en ella y mataron mas de cuarenta, y luego se fortalecieron en su pueblo. Trataron los nuestros de vengar el agravio, y despues de alguna batería, se rindieron los miserables,

y amarrados, mataron con crueldad los nuestros mas de ciento y treinta gandules, teniéndolos por bestias porque no entendian, y es que no habia intérprete. Esta accion se tuvo en España por mala, y con razon, porque fué una crueldad considerable; y habiendo el maese de campo García Lopez pasado á España á heredar un mayorazgo, estuvo preso en una fortaleza por este cargo.

7. Despues de lo acaecido, se fortalecieron los indios de los demas pueblos, y el mismo D. García pasó al pueblo mayor á requerir al principal cacique, que se llamaba D. Juan Loman, aunque no estaba bautizado, y se dejó ver por los muros sin querer bajar de paz, y á instancias de D. García, ofreció salirle á hablar, como dejase el caballo y espada, porque tenia mucho miedo; y en esta conformidad, desmontó D. García del caballo, entrególe con la espada á sus soldados, á quienes hizo retirar, y acercándose á los muros, luego que Juan Loman se afrontó, se abrazó de él, y al punto, entre seis indios que habia dejado apercebidos, lo llevaron en peso y lo entraron en el pueblo si la puerta no es pequeña, por lo que en ella hizo hincapié, y pudo resistir hasta que llegaron soldados de á caballo, que le defendieron. Quisieron los indios hacer alguna crueldad con dicho D. García, por lo que intentaron llevarlo vivo, que si los indios salen con macanas ó porras que usaban, le quitan la vida; y no salieron los de á caballo tan libres del socorro, pues algunos quedaron heridos de las flechas y piedras que despedian de las azoteas.

8. Determinóse luego asolar el pueblo por todos los nuestros, y habiéndose puesto el cerco, estuvieron los indios rebeldes á los requerimientos, por lo que se intentó abrir brecha, y rota la argamasa superficial, se advirtió que el centro del muro era de palizada, troncos y mimbres bien

hincados en la tierra, por lo que resistian los golpes que daban con unas malas barras, en cuyo tiempo hacian de las azoteas mucho daño en los nuestros con las piedras y con la flechas por las troneras; y queriendo un soldado tapar con lodo una tronera de donde se hacia mucho daño, por un ojo le entraron una flecha, de que cayó muerto: llamábase Francisco Pobares; y á otro que se llamaba Juan Paniagua, muy buen cristiano y persona noble, le dieron otro flechazo en el párpado de un ojo, y publicaba que á la devoción del rosario, que siempre rezaba, debió la vida; otro soldado, llamado Francisco de Ovando, se entró de bruzas por una portañuela, y apenas hubo asomado la cabeza, cuando le asieron y le tiraron para adentro, quitándole la vida: púsose una escala por donde á todo trance subieron algunos; pero con arte, los indios tenian muchas piezas á cielo descubierto, para que no se comunicasen; y como á cortas distancias habia torrecillas con muchas saeteras y troneras, hacian mucho daño, de suerte que hirieron mas de sesenta, de los que murieron tres: un fulano Carbajal, hermano de Hernando Trejo, quien fué despues teniente de gobernador por Francisco de Ibarra, en Chametla: tambien murió un vizcaino, llamado Alonso de Castañeda, y un fulano Benitez; y esto fué por culpa de ellos, pues ya que habia pocas armas de fuego con que ofender, pudieron haber pegado fuego á los muros, pues eran de troncones y paliadas con solo el embarrado de tierra.

9. Viendo el gobernador el poco efecto de su invasion, mandó se tocasse á recoger, con ánimo de rendirlos por falta de agua, ya que no por hambre, porque sabia tenian buenas trojes de maiz. Trataron de curar los heridos, aunque se enconaron, y se cicatrizaban; y segun se supo, era la causa

el que en unas vasijas de mimbre encerraban los indios vívoras, y con las flechas las tocaban para que mordiesen las puntas y quedasen venenosas; y habiéndose mantenido algun tiempo, cuando se esperaba padeciesen falta de agua, comenzó á nevar, con cuya nieve se socorrieron y mantuvieron dos meses, en los que intentaron los nuestros muchos desatinos: el uno fué formar unos ingenios con unos maderos, que llamaban vaivenes, y son los antiguos arietes con que se batian las fortalezas en tiempo que no se conocia la pólvora; mas no acertaron: despues, por falta de artillería, intentaron hacer unos cañones de madera bien liados de cordeles á modo de cohetes; mas tampoco sirvió; y no arbitraron el arimar leña á los muros y prenderles fuego: á mi ver entiendo que la crueldad con que quitaron la vida á los ciento y treinta gaudules, los hizo indignos del triunfo; y así, en una noche los sitiados salieron y se pusieron en fuga, dejando á los nuestros burlados y sin cosa de provecho que lograsen por despojos de la plaza sitiada, y se salieron los indios con su valeroso hecho.

10. Por la parte que salieron estaban de centinelas dos soldados poco apercibidos, de los cuales el uno no pareció, y el otro fué hallado con el corazon atravesado con una flecha; y traído el cuerpo, le pusieron junto á la lumbrada comun del campo; y cuando volvieron los soldados, que intentaron el alcance de los indios, al demontar uno de ellos del caballo, le pisó la boca al miserable, y se atribuyó su fatal muerte á haber sido renegador y blasfemo. Luego que amaneció, se trató de reconocer el pueblo, y entrando, se halló abastecido pero sin agua, y se reconoció un pozo profundo en la plaza que aquellos indios abrieron en busca de agua, y por no encontrarla, se resolvieron á la fuga, que consiguie-

ron. Comenzó el gobernador á disponer su jornada para la provincia de Copala, alentado por las riquezas que de ella ponderaba el indio conocido por el Turco, y estando en esto, llegó nueva de que el pueblo villa de San Gerónimo (que de orden del Coronado habia fundado el capitán Melchor Diaz en el valle de los Corazones, y estaba doce leguas adelante de lo que hoy es Sonora), se habia alzado, y en ella

habian muerto al capitán Alcaráz y á otros soldados, por haber dado en ellos una noche los indios de Sonora y demas comarcas; y que de los soldados que habian quedado, varios se habian ido cada uno por su parte, con cuya noticia nombró el gobernador á D. Pedro de Tovar para que ocurriese al reparo y diese noticia á México de lo hasta entónces efectuado, y de la jornada á que salia desde Tigües para Copala.